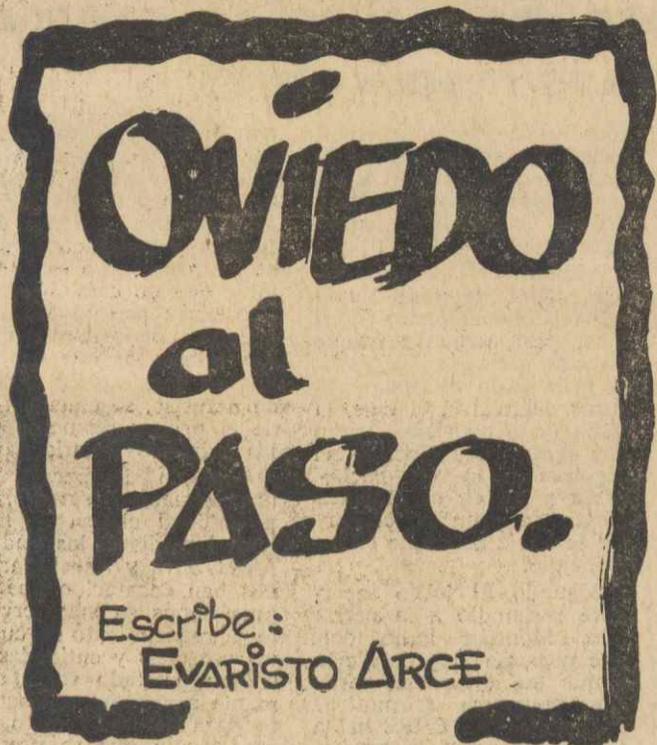


HOY DARÁ UNA CONFERENCIA EN EL ATENEO

Marino Gómez Santos: «Todavía no he encontrado una justificación a mi leyenda negra»

«Mi próximo libro «Antonio Ordóñez, torero», no es ningún panegírico ni está subvencionado por nadie»

Los dibujos de la duquesa de Alba que lo ilustran serán subastados a beneficio de «sus pobres»



El Ernest Hemingway de la segunda época —barrigudo, cansado, melancólico, volátil y borrachín— se encontró una tarde cualquiera en el Madrid de hace unos cuantos años con un libro titulado «Baroja y su máscara» escrito por un tal Marino Gómez Santos y dedicado a Gregorio Marañón que una tarde tomó el té en una antigua taza inglesa en casa de Pio Baroja, en Vera del Vidasoa, Ernesto —que al españolizarse añadió una «o» a su nombre—, atraído e influenciado especialmente por el novelista, preguntó a Rafael García Serrano quién era el autor de ese sugestivo bionomio de diálogos y confidencias.

—Pues verás: es un chico de Oviedo, muy joven y trabajador y con muchas posibilidades. Si quieres te lo presento.

Así conoció Marino Gómez Santos al maestro Hemingway. Desde entonces fueron grandes amigos, casi inseparables. Pasaron muchas horas de charra juntos, comieron en los viejos tabernuchos del Madrid típico, y recorrieron un buen manojito de caminos de España. Un día Ernesto, para su novela «Muerte en la tarde» pidió a Marino algunos datos y curiosidades sobre toreros y toreros y por ellos le dio un cheque de cien mil pesetas traducidos en dólares.

—No te asustes—le dijo—. No es demasiado, aunque te lo parezca. Lo que sucede es que en España los escritores estáis muy mal acostumbrados.

Para que Marino Gómez Santos recibiera este cheque —por ponerle a usted a punto de referencia— tuvo que recorrer antes ese camino largo, difícil y trabajoso que conduce a la fama, aunque no a la tranquilidad definitiva. Un camino que empezó a recorrer una mañana lluviosa hace once años cuando salió de Oviedo con su sombrero marrón, su maleta de provinciano y un equipaje sensacional de ilusiones, por la estación del Norte, camino de Madrid, con el ánimo decidido a conquistar la puerta del Sol. Supo aplicarse en la difícil asignatura de la perseverancia y consiguió lo que quería. Ahora, once años después —y tras tres de ausencia— vuelve a su ciudad consagrado, famoso, casado, con dos hijas y con un amplio futuro por delante, a pronunciar una charla en el recién inaugurado Ateneo alrededor de un libro que editará próximamente sobre el mundo íntimo, particular y peculiar que rodea al torero Antonio Ordóñez y que llevará doce ilustraciones de la duquesa de Alba.

—En España se hará una

tirada limitada de tres mil ejemplares que se venderán a mil quinientas pesetas cada uno. El costo total de la edición se cifra aproximadamente en un millón cuatrocientas mil pesetas. Luego se hará otra edición popular en los Estados Unidos, por uno de los editores, en Nueva York, de Ernesto Hemingway. Las ilustraciones de Cayetana se van a subastar a beneficio de

el periodismo es donde realmente se dio a conocer y se situó. Su sección «Pequeña historia de grandes personajes» que publica en «Oviedo» se ha relacionado hasta ahora con ciento setenta y cinco nombres de fama en las profesiones más distintas.

—De todos ellos, que recuerde en este momento, quienes más me han interesado a mí, y creo que al lector, han sido Agustín de Foxá, Gregorio Marañón, Francisco Rabal... Próximamente pensamos celebrar la gran cena de los doscientos personajes.

En estos once años de aventuras —venturas y desventuras— en Madrid, Marino Gómez Santos tuvo diversas oportunidades de irse al extranjero como corresponsal. Pero no aceptó. No quiso abandonar el campo de batalla. Y ahí sigue.

—Muchas veces me digo si no sería conveniente que hiciera otras cosas. Pero Emilio Romero, mi director, me dice siempre que primero queme este cartucho. Hay tiempo para todo. Dentro de poco, precisamente, me iré a París y a Suiza, enviado por el periódico, para escribir una serie de reportajes sobre un tema de «alto copete» que no puedo revelar todavía.

Marino Gómez Santos tiene fama de resentido, de «anti» de se portó muy mal. Y él sonríe por lo bajo, y se lo echa todo a la espalda, lo que no deja de ser una excelente filosofía.

—Sobre mí la gente ha dicho muchas cosas. No sé por qué. Padezco una «leyenda negra» a la que todavía no he conseguido encontrar una justificación razonable. Quizá me base lo que a Pompeyo Guzmán el de «La Revanta», que «siempre está hablando de Dios, aunque sea para negarlo...».

En la silenciosa y entrefamilia casa madrileña de Ramón Pérez Avala, Marino Gómez Santos pasó tardes recorriendo Oviedo, al alimón con «don Ramón», a través del libro «Nombres de calles y plazas de Oviedo» de Talleres.

—Con Pérez de Avala Oviedo se portó muy mal y él estaba, lógicamente, muy dolido.

Marino Gómez Santos habla del escritor con veneración, con un tremendo respeto. Los dos en Madrid pasaron juntas muchas horas de nostalgia, recordando a los hombres y a las cosas de su ciudad, mientras caminaban lentamente en los anocheceros del otoño, por los vericuetos de la encantadora —y encantada— plazuela del Fontán.



sus pobres. Pensamos conseguir, por lo menos, unas doscientas mil pesetas.

En «Antonio Ordóñez, torero», Marino Gómez Santos descubre un mundo desconocido, original y apasionante. Ese ambiente tenso, y en cierto modo artificial, aunque profundamente humano y por lo tanto dramáticamente poético en el que pasan sus vísperas los toreros antes y después de salir a la plaza. El diálogo de la cuadrilla con el maestro, las visitas inesperadas y curiosas, las maniobras del séquito de millonarios que a bordo de sus imponentes «haigas» acompañan silenciosamente al diestro en sus tournees...

—El libro no es ningún panegírico a Ordóñez ni está, por su puesto, subvencionado por ningún torero. En Ordóñez, poco simpático por cierto, sólo encontré dificultades primero cuando le seguí junto con Ernesto por las plazas de España y luego, cuando me puse, pacientemente, a escribirlo en Madrid.

Uno de los «hobbys» de Marino Gómez Santos es la tipografía y por eso va a ser el mismo quien dirija la edición. Su manía tipográfica y su afición bibliófila le llevan incluso a hacer viajes de Madrid a Barcelona para pasarse varias tardes en el taller observando, orientando y aprendiendo.

Las actividades como escritor de Marino Gómez Santos son una consecuencia de sus actividades periodísticas. En

el periodismo es donde realmente se dio a conocer y se situó. Su sección «Pequeña historia de grandes personajes» que publica en «Oviedo» se ha relacionado hasta ahora con ciento setenta y cinco nombres de fama en las profesiones más distintas.

—De todos ellos, que recuerde en este momento, quienes más me han interesado a mí, y creo que al lector, han sido Agustín de Foxá, Gregorio Marañón, Francisco Rabal... Próximamente pensamos celebrar la gran cena de los doscientos personajes.

En estos once años de aventuras —venturas y desventuras— en Madrid, Marino Gómez Santos tuvo diversas oportunidades de irse al extranjero como corresponsal. Pero no aceptó. No quiso abandonar el campo de batalla. Y ahí sigue.

—Muchas veces me digo si no sería conveniente que hiciera otras cosas. Pero Emilio Romero, mi director, me dice siempre que primero queme este cartucho. Hay tiempo para todo. Dentro de poco, precisamente, me iré a París y a Suiza, enviado por el periódico, para escribir una serie de reportajes sobre un tema de «alto copete» que no puedo revelar todavía.

Marino Gómez Santos tiene fama de resentido, de «anti» de se portó muy mal. Y él sonríe por lo bajo, y se lo echa todo a la espalda, lo que no deja de ser una excelente filosofía.

—Sobre mí la gente ha dicho muchas cosas. No sé por qué. Padezco una «leyenda negra» a la que todavía no he conseguido encontrar una justificación razonable. Quizá me base lo que a Pompeyo Guzmán el de «La Revanta», que «siempre está hablando de Dios, aunque sea para negarlo...».

En la silenciosa y entrefamilia casa madrileña de Ramón Pérez Avala, Marino Gómez Santos pasó tardes recorriendo Oviedo, al alimón con «don Ramón», a través del libro «Nombres de calles y plazas de Oviedo» de Talleres.

—Con Pérez de Avala Oviedo se portó muy mal y él estaba, lógicamente, muy dolido.

Marino Gómez Santos habla del escritor con veneración, con un tremendo respeto. Los dos en Madrid pasaron juntas muchas horas de nostalgia, recordando a los hombres y a las cosas de su ciudad, mientras caminaban lentamente en los anocheceros del otoño, por los vericuetos de la encantadora —y encantada— plazuela del Fontán.